



Excesos del cuerpo

Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina

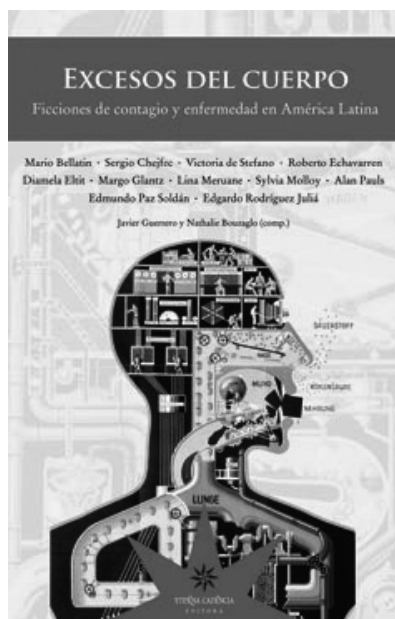
Daniel Matusevich

Cómo narrar la enfermedad, cómo narrar sus circunstancias y sus topografías, sus variaciones y sus variedades: Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo intentan responder esta pregunta a través del libro que compilan, editado con el esmero y el estilo ya habitual de Eterna Cadencia, editorial de diseño si las hay. Once relatos de autores latinoamericanos agrupados por la idea “ficciones de contagio y enfermedad en América Latina” nos proponen un recorrido mirando al sur que, lejos de agotar el tema, lo pone en perspectiva, ampliando los horizontes de reflexión. Uno de los sentidos posibles del texto es dar cuenta de las múltiples estrategias de representar el cuerpo y exhibir sus exuberancias en América Latina; celebramos que sea así, ya que creemos vale la

pena explorar las singularidades de nuestro continente en esta materia, evitando caer en las simplificaciones que nos propone la globalización, que desestima la singularidad implícita en los modos de enfermar o de sufrir.

En la página 12 de una introducción imprescindible, los compiladores dejan bien establecido su objetivo: “(...) nos interesa aproximarnos brevemente a diversas metáforas de la enfermedad y el contagio; en especial, intentaremos delinear algunos juegos de poder que involucran al cuerpo y sus excesos como producciones significativas en las cuales se negocian y disputan fobias, deseos y tensiones. Con estas ideas en mente, abordaremos los relatos que integran la presente antología, los cuales abren un abanico de problemas que nos permiten repensar la enfermedad y el contagio en las ficciones de América Latina”. La gran pregunta acerca de cómo relatar la enfermedad sobrevuela varios de los últimos textos que hemos comentado en esta sección de VERTEX; nuestro objetivo es continuar ofreciéndole al lector interesado aportes en este sentido, intentando iluminar las complejidades actuales de una clínica que se muestra como sin historias, jaqueada por las estadísticas y las listas de síntomas sin alma.

Las deudas con Susan Sontag y sus dos contribuciones fundamentales al tema (*La enfermedad y sus metáforas* y *El SIDA y sus metáforas*) son saldadas en las primeras páginas del ensayo introductorio; sin embargo, creemos que falta una mención a la imprescindible y monumental obra maestra de Thomas Mann, *La montaña mágica*, novela que sin duda alguna anticipó todas las producciones posteriores que abrevaron en la cuestión del estar enfermo, el contagio y la potencia de la literatura para recorrer estos asuntos. Cómo no reconocer las meditaciones del premio Nobel alemán en párrafos como el que siguen: “(...) el enfermo amenaza el ambiente inmediato ya que su cuerpo está marcado por la promesa de extender su novedad. El miedo radica en devenir Otro, transformarse en un cuerpo ajeno, volverse irreconocible para sí mismo y para la sociedad”.



Autores: Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo (compiladores)
Eterna Cadencia, 2009.

Como planteamos en reseñas anteriores, la propuesta de tomar el modelo narrativo para acercarnos al sufrimiento de nuestros pacientes se sostiene en la creencia de que “(...) la literatura como productora de metáforas tiene la capacidad de inventar, reforzar, invertir, resistir, desconectar o reconectar las metáforas que otras instituciones y hasta la propia literatura instalan”; en este sentido, los once relatos (y la introducción) ofrecen una oportunidad ideal para que cada lector pueda delinear cuál es el estilo que más se acerca a su sensibilidad, ya que hay tantas formas de contar las enfermedades como enfermedades mismas, quedando constituido un rompecabezas al que siempre le va a faltar una pieza. Si bien, como en toda compilación, no todos los relatos mantienen el mismo nivel de calidad, según nuestra opinión la mayoría son muy buenos y hay algunos excelentes, que son aquellos en los que nos vamos a detener con mayor detalle.

Alan Pauls plantea en “Ex” una vuelta de tuerca, una especie de final a su novela de culto (ganadora del premio Herralde) *El Pasado*, reapareciendo los dos personajes centrales, Rímíni y Sofía. Una de las tesis centrales del relato-novela es que no poder olvidar enferma debido a que el paso del tiempo no cicatriza las heridas, las abre cada vez más y las profundiza; es en ese sentido que los personajes deambulan con sus cuerpos enfermos a cuestas, deshidratados, afiebrados, famélicos, raspados y lacerados como víctimas y testigos sufrientes de que pasado y enfermedad son sinónimos. La conciencia de la enfermedad no es liberadora sino más bien todo lo contrario, el pasado se vislumbra como una prisión sin salida.

La escritora chilena Diamela Eltit desarrolla en “Colonizadas” la relación simbiótica establecida entre una madre y una hija, ambas aquejadas de misteriosas enfermedades. En apenas poco más de veinte páginas, la autora nos sumerge en una profundidad sorprendente mientras asistimos a la decadencia y al ocaso de un vínculo mediado por el discurso de la medicina: “(...) me lo dijo el médico, a mí, su única hija, me lo dijo ferozmente, con su mirada enferma de medicina, con su mirada traspasada de medicamentos y antibióticos de última generación, me lo dijo ese médico, siéntese, me dijo, sabiendo perfectamente que yo también estaba

muy enferma aunque no terminal, pero aun así me dijo, con un tono metálico y transfusivo, que el estado de mi madre era terminal”.

Quizás el punto más alto de la compilación esté dado por “Desarticulaciones”, de Silvia Molloy, adelanto de lo que en el año 2012 terminó siendo una novela casi definitiva sobre la memoria, el olvido, el lenguaje, el arte de narrar y un profundo amor; la mayoría de estos elementos ya se vislumbran en el breve material del cuento-ensayo-crónica, sin lugar a dudas es muy difícil determinar el género y tampoco nos parece demasiado relevante. Sí es relevante, en cambio, el registro minucioso de una vida que se va desarticulando, alternando el estar/no estar y el intento desesperado de hacer durar una relación “(...) que continúa pese a la ruina, que subsiste aunque apenas queden palabras”. Cada una de las subdivisiones del texto (“Identikit”, “Retórica”, “Lógica”, “Traducción”, “Cuestionario”, etc.) nos proporciona elementos para analizar prácticamente todas las dimensiones de una persona que se está perdiendo en los laberintos de un olvido que se evidencia como inexorable y progresivo. Selecciono dos breves párrafos donde se mezclan sensibilidad, lucidez, inteligencia y altísimas dosis de poesía: “(...) opera impecablemente por deducción, con lo cual compruebo, una vez más, que para pensar razonablemente no es necesaria la razón (...) me preguntaron qué tienen en común un pájaro y un árbol. Yo, intrigada: ¿Y vos que contestaste? Que los dos vuelan, me dijo, muy satisfecha...”. A aquellos que decidan apropiarse del texto de Molloy les va resultar muy difícil no caer seducidos ante las ochenta páginas de la novela, imprescindible para los interesados en los procesos de envejecer, las demencias y el paso del tiempo en general.

El resto de los relatos acompaña más que dignamente, alcanzando picos altos en dos autores mexicanos de prosa elegante y distinguida: Mario Bellatin y Margo Glantz, que registran los sufrimientos de sus personajes de manera poco convencional acercándose a Cesar Aira en el primer caso y a Juan Villoro en el segundo. Para concluir, narraciones bien llevadas, con ideas que permanecen en la mente, fuente de reflexiones posteriores e impecables desde el punto de vista del estilo; difícil entonces que el lector quede defraudado ■

“Devuélvanme mi vida, por favor. La herida es más grande de lo que pensábamos. Y, al revés de lo que pensábamos, el tiempo no la cicatriza: la abre cada vez más, la profundiza, la hace sangrar. Es así: hora de rendirse. Es como esas historias de terror donde alguien rompe un amuleto y pierde una parte y despierta a un dios de un sueño de milenios y lo ofende, y el dios herido empieza a vengarse y no para de matar, de perseguir, de enloquecer a la gente hasta que alguien encuentra la parte que faltaba y la reúne con la otra y todo vuelve...”.

Alan Pauls.